

INTRODUCCIÓN

Cuando era niña solía acompañar a mi madre a misa, y me gustaba hacerlo. Lo religioso, en mí, despertaba un profundo respeto y una inmensa curiosidad. Recuerdo cuánto me esforzaba por repetir cada gesto, cada movimiento y cada oración; mucho antes siquiera de comprender su significado litúrgico. Cómo trataba de memorizar el orden en que cada cosa debía hacerse. Cómo observaba, en el más absoluto silencio, al resto de los fieles que se comportaban todos de idéntica forma y en perfecta sincronía. Cómo el sacerdote invitaba a comer el cuerpo de Cristo y a beber su sangre con una serenidad y aplomo que no lograba entender. La iglesia misma, con sus dimensiones de gigante, sus altares dorados, sus vitrales de luz y sus ángeles; encerraba para mí un gran misterio. Era la morada de unas estatuas e imágenes de las que apenas conocía los nombres y que raras veces podía identificar. Santos y vírgenes ante los que la gente hacía cosas muy extrañas; tanto como arrodillarse, murmurarles, besarles los pies o acariciarles las manos, llevarles flores o encenderles velas. Y, a veces, hasta llorar desconsoladamente, en soledad, frente a ellas.

Con el tiempo, dejé de interesarme. La escuela me sorprendió con las ‘verdaderas’ causas ‘científicas’ de cada fenómeno; y me deslumbraron. Me enseñaron que debajo de la piel teníamos órganos, huesos, fluidos, sangre. Que el cielo estaba compuesto de gases y no era azul; que más lejos todavía que la Luna, había otros planetas donde todo era diferente y en los que no existía ningún ser vivo. Que la tierra que creía tan firme, y el pasto que pisaba descalza, flotaban sobre magma hirviendo. Que las mismas plantas elaboraban su propio alimento. O que antes de nosotros, en el mundo, habían vivido otros hombres en cuevas, o en palacios, que tenían sus reyes y coronas, pirámides, imperios, guerras, invasiones y revoluciones.

Durante cierto tiempo, continué rezándole a mi Ángel de la Guarda, cada vez con menos convencimiento y fe; y con más dudas. Hasta que, un día, simplemente, dejé de hacerlo. Sabía que cada pregunta tenía su respuesta. Y cada fenómeno, su origen científicamente comprobable. Salvo, algo. Una única excepción en todo el Universo: el Dios al que mamá le seguía rezando. Yo no le dije nada por protegerla; para no romper su gran ilusión o casi toda su esperanza. Pero, en cambio, empecé a mirarla con cierta compasión y a creerla un poco más ingenua y crédula que yo misma.

Volví a sorprenderme, ya en la Universidad, cuando descubrí autores como Lévi-Strauss, Mircea Eliade o Joseph Campbell que, desde diferentes disciplinas académicas (antropología, psicología, historia del arte y las religiones), se habían dedicado a estudiar el mundo de lo sagrado: los rituales extraños de culturas lejanas o las curaciones chamánicas en tribus pequeñas. Para mí mayor asombro; no desvalorizaban ninguna de éstas manifestaciones del ‘pensamiento mágico’. No las consideraban arcaicas o propias de una etapa ‘inferior’ del desarrollo humano. Sino que quedaban perplejos ante el elevado nivel de complejidad, coherencia, lógica y eficacia que el mundo ‘mítico’ había alcanzado. Y lo colocaban en un lugar más que digno. Mito y Ciencia se oponen así como Magia y Ciencia constituyen dos sistemas bien articulados, independientes y paralelos. Dos modos de conocer la naturaleza e introducir un orden en el mundo. Uno, directamente ligado a la percepción, la imaginación y la intuición sensible. El otro, algo más alejado de ellas. Claro que, los resultados teóricos y prácticos a los que llegan, por diferentes caminos; son bastante distintos. Pero no por ello más rudimentarios, ni menos adecuados, válidos o competentes. La magia puede presentar, incluso, ciertas ventajas y anticipaciones respecto de la ciencia moderna.

Con todos éstos antecedentes, quedaba justificado mi interés, curiosidad y respeto inicial por el universo de lo sagrado y por la religiosidad del hombre. Pero no todas mis dudas habían sido aclaradas por completo. Muchas veces, al releer sus investigaciones, he notado aristas o costados, que permanecen inexplorados. Suposiciones apenas sugeridas que no han sido

investigadas a fondo por ellos mismos u otros teóricos. Los ejemplos de los que parten, siguen estando en culturas remotas; pero ¿cuántas prácticas rituales, mágicas, conservamos aquí y ahora?, ¿estamos verdaderamente tan alejados como creemos de lo sagrado y lo mítico?, ¿o convive cotidianamente, y desde siempre, con nosotros? Y, si es así, ¿estamos tan habituados a nuestro *costado mítico* que ni siquiera entra en contradicción con el ‘supuesto’ hombre del siglo XXI que todos somos, que sólo cree en sí mismo y en sus obras?

Como proponía Ernest Gombrich, para hacer consciente el poder que todavía le atribuimos a lo simbólico, basta con pensar cómo nos sentiríamos si a una foto de alguien muy querido por nosotros (sea un familiar, cantante o futbolista) otra persona le clavara alfileres en la cabeza o le pinchara los ojos. ¿Nos sería completamente indiferente este acto? Seguramente no. Y, de allí al obrar de un hechicero (convencido de que, el daño que le haga a la imagen de alguien; se lo hará a la persona misma); no hay demasiadas distancias.

Los dientes caídos o las trenzas cortadas que guardamos (nuestras o de nuestros hijos), podrían pertenecer más probablemente a alguna tribu caníbal que a nosotros, argentinos del año 2003. La tradición que sostiene que nuestra bandera no debe lavarse, plancharse, doblarse ni coserse; recuerda bastante a los cuidados especiales y prohibiciones respecto a la manipulación de objetos sagrados o rituales; no civiles. La costumbre de que al universitario recién recibido se lo cubra de basura, harina, huevos y pintura; pareciera comparable a cualquier ceremonia iniciática (lo mismo que las despedidas de solteros). Brindis, velorios, festejos de quince años para las chicas, fútbol, luto, mate, anillos de compromiso, amuletos que atraen la ‘buena’ o la ‘mala’ suerte. Ritos que tenemos tan incorporados que, aún antes de transgredir, traemos a la conciencia de uno u otro modo; así sea exclusivamente para acordarnos que ‘no creemos en ésas cosas’. En definitiva, la vigencia de un gran *poder simbólico* que reconocemos en diferentes objetos y acciones. Y respetamos; por el sólo echo de ser hombres *atravesados* medularmente por una cultura determinada.

Me sigue asombrando que conservemos prácticas tan antiguas que ni siquiera sepamos de dónde vienen. O que aún conociendo su historia; hayan quedado desvinculadas de sus efectos, motivos y poderes originarios. Arrancadas, perdidas para siempre de su raíz. Y, sin embargo, repetidas una, cien, mil veces; por generaciones y generaciones. Reducidas al mero gesto, o *resignificadas*: poseedoras, ahora, del único sentido de ser tradiciones socialmente compartidas.

Como a esos autores, no me confunde ni me preocupa descubrir en el hombre actual cierto *costado mítico*. Para mí, no significa el triunfo de la irracionalidad sobre la lógica. Ni de lo arcaico o primitivo sobre el ‘progreso’. No indica que tantos siglos y siglos de desarrollo humano fueron inútiles. No significa tirar por la borda todos los avances de la tecnología. Sino descubrir que, tras las diferentes máscaras de las sucesivas épocas históricas y sus invenciones; se revela *un mismo rostro profundamente humano*. Una poderosísima fuerza que, como en el origen, permanece constante e intacta. Que, inconscientemente, se nos impone en lo cotidiano de manera instintiva e inevitable. Si logramos reconciliarnos con ella, recuperarla; nos acercaremos más a *nosotros mismos*. Nos volveremos verdaderamente *íntegros*.

Por eso intento poner el acento en un aspecto (sagrado, mítico, simbólico) del hombre que creo que, a pesar de lo ya publicado y, tal vez, superado; insistimos en separar de *nosotros*. De lo que pretendemos desligarnos como si no nos perteneciera.

Conservar la magia y preservar lo simbólico; no es otra cosa que reafirmar lo humano.

Debo aclarar que *no soy teórica* aunque ahora me toque ‘jugar’ por un ratito a serlo. Y confesar que todavía siento un placer mucho más genuino manchándome los dedos con tinta, óleo o carbón; que recorriendo los libros de cualquier biblioteca. Sin embargo, reconozco que teoría y práctica, *en arte* sobre todo; son inseparables. Se complementan y se nutren mutuamente. Se enriquecen. Forman una especie de círculo en el que se estrechan, se

confunden, se fusionan y se retroalimentan. Actúan como dos instancias de *un mismo proceso* entre las cuales uno va y viene todo el tiempo, en creciente nivel de complejidad.

La práctica, en su propia materialidad y en su proceso; aporta conocimientos, intuiciones, vivencias *imposibles* de conseguir y transmitir desde el lenguaje y la palabra. En el hacer, invocamos imágenes familiares. Evocamos otras jamás vistas. Realizamos *aproximaciones* originales a temas largamente meditados. Contemplamos, por primera vez, lo conocido desde un lugar diametralmente diferente. En el contacto directo con la materia, algunas ideas *nacen* y otras *se olvidan* para siempre. Resolvemos cuestiones conceptuales *en el puro acto*. Conciliamos lo irreconciliable. Y todo adquiere una dimensión nueva. Sorprendente. Que abre aún mayores y más prometedoras posibilidades.

Al hacer, *ponemos el cuerpo*. La piel. Los sentidos. Nos involucramos *directamente* con el mundo. El crear, *nunca podría resultarnos indiferente* ni ajeno; porque *siempre nos cambia*.

La teoría, nos permite *reflexionar* sobre el hacer, encontrar el nombre exacto de cada gesto y acto. Hacer *consciente* la búsqueda. Indagar *posibles* rumbos y planificarlos.

En su rigor académico; llena *necesariamente* de dudas lo que creemos cierto, incuestionable. Pone en discusión, bajo una gran lupa, lo que aceptamos con ingenua naturalidad. *Hace tambalear* todo lo que *conocemos*, todo lo que *sostenemos*, todo lo que *somos*. Nos obliga a andar caminos *inciertos*. Y ante cada nueva idea; verdad a medias, provisoria, momentánea; surgen *imágenes reveladoras*. El pensamiento, en su propia inmaterialidad y abstracción; es un *alimento inagotable* para la imaginación. Funciona como un verdadero *disparador* de intereses y curiosidades.

Es por eso es que, el trabajo que sigue, se divide claramente en dos partes.

Una primera, teórica, *imprescindible*; que será la base de todo el desarrollo plástico posterior. Expondré los principales términos y definiciones de autores reconocidos como Lévi-Strauss o Mircea Eliade (ambos de enfoque claramente estructuralista). Pueden parecer algo viejos; pero continúan siendo claves en éste análisis, y se han transformado en mis libros de cabecera durante mucho tiempo. Hablaré de pensamiento mítico, científico, hombre sagrado y profano, lenguaje simbólico, hierofanías, cosmogonías, mitos y ritos.

Sin embargo, no me extenderé demasiado en éste punto, ya que, la prioridad en ésta, mi tesis de *realización*; es la obra plástica. Los textos mencionados han sido la fuente de inspiración de la creación artística y constituyen, ahora, el *andamiaje* que sustenta y valida, desde la teoría; mi práctica.

A partir de LA ARGENTINA ES UN MITO, propongo lo que de nuevo tiene éste trabajo: la creación propia de un mito hipotético, que intenta explicar el origen del Hombre; pero sobre todo, de la Argentina, y de algunas de nuestras mayores costumbres.

La obra literaria (el relato, la historia ‘mítica’ que he inventado) puede considerarse, en cierto modo, como el *guión* de la obra artística; por haber existido cronológicamente antes que la creación visual. Surgió ante la necesidad de explicarme, en principio *a mí misma*, ciertas expresiones de la cultura popular argentina, que la historia real no alcanzaba a esclarecer. Por eso es *ficción pura* y nada tiene que ver con la fidelidad a ninguna fuente. No se ata a nombres ciertos. Ni a orígenes probados. Creo que hay tradiciones, que aunque no sean propiamente argentinas de procedencia; lo son por adopción y ya las *hemos hecho* nuestras. Hoy son *fundamentales* dentro de *nuestra cultura*.

No deberíamos reducir lo humano a *una sola* de sus múltiples facetas. Lo privaríamos de toda su complejidad y su riqueza. Del mismo modo, tampoco sería correcto, hacer una especie de ‘disección’ de la cultura argentina, y dividirla: por un lado unos pocos factores *propios*; por otro, los tantos que hemos *importado* de otras regiones del globo. También sería quitarle una parte fundamental de su identidad.

Con la parte plástica de mi trabajo, ocurre algo similar. Aunque ésta tesis sea específicamente de Grabado y Arte Impreso, creo que limitarla estrictamente a ésta disciplina, es impedirle que

crezca libre. Seamos pintores, escenógrafos, dibujantes, escultores, ceramistas o grabadores; somos, en última instancia creadores de imágenes. En nuestro hacer, utilizamos los materiales y las técnicas que, en cada caso; nos permitan expresarnos del mejor modo posible.

En el viaje a éste mundo mítico aparecerán objetos rituales de cerámica, máscaras, estatuillas, tapices y alfombras de tela bordadas pero también impresas, cajas, móviles simbólicos, libros artesanales, sombras y sonidos. En lo que al Grabado respecta; habrá linoleografías, xilografías, monocromías y bicromías. Impresiones y transferencias sobre distintos materiales (papel aluminio, telas), troquelados y cosidos. Trataré de desprenderme tanto del papel como del plano para crear cuerpos que puedan asirse, sopesarse. Es decir, propongo un predominio de lo impreso enriquecido por otras técnicas artísticas (cerámica, escenografía, pintura) y extraartísticas (cosidos, bordados, tejidos, encuadernaciones, música). Un reencuentro entre el arte y la artesanía, el objeto y su uso, el mirar y el tocar.

La obra artística, será mejor comprendida sobre la base y los fundamentos de lo literario; pero tratará de funcionar sola. No será una *ilustración* de lo escrito, sino que estará determinada por la naturaleza de los símbolos y sus relaciones. Y recreará, en todo caso, la intención, la idea, el espíritu de la historia.

No detengo más al lector. Ojalá las páginas que siguen logren transmitir algo de mi gran entusiasmo por el tema y del inmenso placer que me produce inventar, crear y creer en nuevos *mundos posibles*. Mundos mágicos. *Profundamente humanos*.-

DOS MODOS DE PENSAMIENTO

Desde los comienzos de la Humanidad, el hombre ha creído firmemente que el encanto de la naturaleza, residía en cierto **orden** que mantenían, sus partes; dentro del conjunto. Que cada especie vegetal, mineral o animal, debía conservar su sitio particular dentro de la creación; y que, de ser eliminada (aunque sólo fuese en el pensamiento), el **equilibrio** entero del Universo correría peligro. Que en ésas pautas secretas, reposaba la perfecta armonía del eterno movimiento cósmico.

A partir de ése momento; el máximo interés y esfuerzo del hombre se ha centrado en incorporar todo lo que existe en una única estructura del mundo. Cada acontecimiento individual o particular, se inserta en la conciencia gracias a los parámetros universales del **espacio, tiempo y número**. El primero, establece el orden de la coexistencia; el segundo en la sucesión; y el tercero un orden numérico fijo de magnitud y medida (CFR: Cassirer). Estas son las constantes a las cuales se reduce todo lo cambiante.

Se han elaborado **agrupamientos** de cosas y seres (en base a sus propiedades tanto sensibles como inteligibles); y a las conexiones que, entre ellos, se podían observar.

Estos **sistemas de relaciones** han dado origen, en condiciones históricas particulares y concretas; a lo que podemos analizar como dos modos independientes entre sí, de abordar el mundo: el pensamiento mágico (o mítico), y el científico.

Siempre *`se trata de superar el aislamiento de lo inmediatamente dado; se trata de comprender cómo todo lo individual y particular se trenza en un todo'* (Cassirer:112). Ambas estrategias de conocimiento son igualmente válidas y efectivas; bien articuladas, acabadas y **coherentes**. Similares en cuanto al grado de complejidad y sistematización alcanzado; y en las operaciones mentales y lógicas que suponen. Las diferencias radican, básicamente, en la clase de fenómenos a los que pueden aplicarse y; por lo tanto, en los resultados **prácticos** que obtienen.

Con una historia demasiado breve, de apenas algunos siglos; el **pensamiento científico** opera analíticamente, y procede de lo particular a lo universal. Desde las propiedades comunes, se remonta hacia el **orden racional** de las estructuras que subyacen. Su finalidad es el conocimiento puro, de carácter ideal; no de contenidos reales, sino de conceptos teóricos y lógicos universales. Su actividad pertenece al orden de la metonimia, sustituyendo *`un ser por otro ser, a un efecto por su causa'* (LS,1964:47). Opera por medio de ideas cuya capacidad referencial es ilimitada. La ciencia, elabora sus propios medios y resultados en forma de acontecimientos; sobre la base de los conocimientos acumulados, hipótesis y teorías (estructura). De éste modo, realiza la **apertura** y la extensión del conjunto instrumental con el que cuenta para enfrentar el mundo. El **concepto**, además, pretende ser transparente y fiel a la realidad; por lo cual tiende hacia la **objetivación**.

El **pensamiento mítico**, en cambio; aborda el mundo desde la **intuición sensible**; a través de lo que podríamos llamar una *`lógica de la sensación'* muy próxima a la percepción. Para la reflexión mítica, la impresión inmediata es un absoluto, que se acredita y justifica a sí misma a través de su intensidad. El objeto domina la voluntad de aprehenderlo intelectualmente con la fuerza con que se impone a la conciencia. Sólo se deja atrapar con los sentidos, en el aquí y ahora irreductible (CFR: Cassirer). Opera a fuerza de analogías y paralelos. Por medio de **signos**, cuya particularidad más destacable es la de **mediar** entre la imagen y el concepto. El signo, como tal, incorpora necesariamente cierto rasgo de **humanidad**; y, por ello, tiende a la subjetivación de la realidad.

Como forma intelectual del **bricolage** (CFR:1964), la reflexión mítica dispone de un conjunto finito de instrumentos que recompone según todas sus posibilidades. Aunque éstas sean amplias, siempre son limitadas; por lo que se reducen a ordenamientos nuevos de los mismos materiales según fines antiguos. En el incesante componer y recomponer con mensajes pretransmitidos; condensa la experiencia pasada.